

Este relato está construido sobre hechos reales y ciertos. Sólo que algunos nombres se han cambiado por razones obvias, respetando únicamente los nombres de los que figuraron en la causa como inculpaado y como víctima del crimen.

El autor

El crimen de la Traube



Enrique Benavides

1) El pasaje Martí

Otón Montoya y Cristina Zamora caminaban borrachos hacia el pasaje Martí. Querían dormir un poco y escapar a la patrulla. Al entrar por el hueco que conducía al piso de tierra debajo del pasaje, Otón trató de ayudar a Cristina que no atinaba a hacer los movimientos precisos para salvar el obstáculo. La faena les fue sumamente difícil porque tenían varios días de tomar y habían perdido la cuenta del tiempo. Después que lograron entrar, Cristina soltó un ajo al resbalarse, pero Otón la sostuvo para llevarla casi a gatas y esquivando con dificultad los cuerpos de los borrachos hasta un lugar que había divisado en el fondo de la cueva. "Ya vienen otros a joder; no se va a poder dormir en toda la noche", dijo una voz desde un lugar indeterminado. Tan pronto como Otón alcanzó el sitio que había entrevisto, con Cristina casi debajo del brazo, le tumbó sobre unos desechos de ropa y luego él se tendió a su lado y cuando calculó que todos dormían trató de quitarle sus prendas íntimas que eran bien pocas por cierto. Pero Cristina trató de incorporarse como sonámbula y le pidió a Otón más guaro. Casi simultáneamente alguien, desde un lugar incierto, preguntó con voz ronca y fuerte a Otón: "¿Qué le está haciendo a esa mujer?". "Lo que a usted ni a nadie le importa", respondió Otón con dificultad.

"Yo sé quién es ese hombre que está con la mujer"—musitó la misma voz—. "Es Otón Montoya, el barbero; mañana mismo lo voy a joder". Cristina demandó de Otón más guaro, pero luego se durmió sin esperar el resultado inútil de su súplica.

El ruido de un motor cortó la respiración volcánica de los borrachos y algunos se asomaron por el entresuelo. La patrulla pasó lentamente sin detenerse y sólo la luz rauda de un foco recorrió por una vez el frente del pasaje. Al amanecer el tufo aguardentoso de la noche había sido consumido por veinte narices y un hedor a vómito y a sudor agrio comenzó a subir desde el piso de tierra hasta el entarimado del pasaje. La claridad aún tenue de la madrugada fue dibujando las siluetas de los borrachos y el canto remoto de un gallo, los pasos presurosos de un panadero y el repique nostálgico de unas campanas anunciaban a coro el comienzo de un nuevo día.

Los cuerpos se movieron lentamente y fueron incorporando por la falta de alcohol. Un concierto de tosés y de frases inconclusas y vagas se desató pronto por toda la cueva. Alguien con voz joven pidió un trago. La súplica no tuvo respuesta. Otón, medio ebrio, se incorporó, palpó luego a su compañera y la sacudió con violencia. "Tina —le dijo— salgamos de aquí pronto, ya amaneció y hay que quitársela.... Chilo ya debe tener abierto. Buscamos la salida y caminaron luego hacia la cantina de Chilo Vilchez, en Guadalupe.

2) La denuncia

Pocas horas más tarde Juan Alpizar estaba a punto de cumplir la venganza que había jurado la noche anterior en el pasaje Martí. Esperaba en las afueras de la Dirección de Detectives al coronel Ramírez. Pero el coronel Ramírez se demoraba y Juan Alpizar se consumía de impaciencia. Al rato sus ojos se iluminaron al ver que llegaba el vehículo rural del coronel y que venía solo, sin chofer. Trató de situarse en un lugar estratégico, de manera que el coronel no pudiera eludirlo y sacando fuerzas de flaqueza aparentó buen estado de ánimo. El coronel Ramírez que conocía hacía mucho a Juan Alpizar y que lo había visto más de una vez en su despacho en asuntos rutinarios de sus funciones, lo saludó sin preámbulos diciéndole: "¿Qué pasa con usted Alpizar? ¿Está metido en otra torta?".

Alpizar tomó ánimo después de esas palabras tan familiares y contestó en el acto: "No mi coronel, nada de eso. Es otro asunto el que me tiene aquí desde muy temprano, engomado como puede notarlo, pero dispuesto siempre a servirlo".

La voz de falsete del soplón y el movimiento de su cuerpo para calmar el malestar que la falta de alcohol le producía en las entrañas, desalentaron en el coronel todo interés por Juan Alpizar y casi sin detener sus pasos siguió hacia la puerta de la oficina diciéndole:

—Pero ahora no tengo tiempo para tus historias Alpizar; andá quitate la goma a otra parte.

Juan Alpizar conocía bien al coronel y sabía que lo obligaría a oírlo con una simple frase:

—Bueno, yo creí que a usted le interesaba lo de la Traube.

—¿Lo de la Traube...? ¿Qué sabés de eso?

El coronel Ramírez cambió totalmente de actitud y en lugar de entrar a su oficina se vino hacia Juan Alpizar, lo tomó del brazo y luego lo sentó en una silla cerca de su escritorio. Después, con gesto confidencial y amistoso, lo miró fijamente y le dijo: "A ver Alpizar, ¿qué es lo que sabés de ese crimen? Te advierto que no quiero babosadas".

Juan Alpizar, con las manos entre las piernas comenzó a contar el incidente del pasaje Martí de esta manera: "Anoche estando yo con un amigo en el pasaje Martí llegó Otón Montoya con una mujer; la metió casi a la fuerza y luego cuando ya estaban acostados le quitó la ropa y trató de ahorcárla. Yo le pregunté qué hacía con la mujer y me respondió que lo que le daba la gana y que no me metiera con él porque ya había estrangulado también a otra mujer frente a la cervecería Traube".

El coronel Ramírez permaneció un largo rato mirando los ojos cansados y congestionados de Juan Alpizar. Luego le dijo: "¿Nada más?". "No, na-

da más —repuso rápidamente Alpizar— pero le puedo traer a mi compañero para que confirme lo que acabo de decirle". Inmediatamente después el coronel salió del despacho dejando a Juan Alpizar sentado en la misma posición y regresó con el subteniente Belisario Páez, cuya fama de hombre implacable y tozudo era conocida en el mundo del hampa. "Alpizar —dijo el coronel— estarás por unos días a la orden del subteniente Páez; por ahora podés irte, pero venís mañana temprano y sin goma". Juan Alpizar salió del viejo edificio y bajó despaciosamente la Avenida de las Damas, en dirección fija a la cantina Morazán, con dos pesos en la bolsa y con el convencimiento de que acaba de hundir a Otón Montoya.

3) Las rondas nocturnas de Angela Gutiérrez

"No vas entonces esta noche a la Carpa Gambrius" —le preguntó a Angela Gutiérrez su hermana—, cuando aquella estaba a punto de salir. "No" fue la respuesta. "Voy al Casino Bar". No dijo más y salió. Todas las noches casi a la misma hora Angela Gutiérrez salía de su casa y no regresaba sino muy tarde, casi con la claridad del alba. Padecía de insomnio y prefería deambular por los lugares de vida nocturna que por aquel año de 1951 no eran muchos, que permanecer con los ojos bien abiertos sobre un camión al lado de su hermana. Vivía por la vieja pulpería El Dólar y desde ahí bajaba hasta el puente de la Traube, se internaba por un trillo que los vecinos del lugar habían hecho con el paso diario de muchos años y salía, acortando camino, muy al oeste del Ballestero. Era una mujer madura, bien constituida y silenciosa. Trabajaba de día como empleada doméstica y de noche dormía en la casa de su hermana por unas cuantas horas. Parecía como si en las sombras de la noche hallara el mundo inverosímil que diera algún sentido a su vida. El hecho es que su regreso a la casa, con los primeros toros del alba, se producía con precisión astronómica. De ahí que su hermana no se preocupara nunca por ella. "¿Qué hacés todas las noches en esos lugares a que vas si no bailás, ni tenés amigos, ni siquiera un amante?" —le había preguntado una vez su hermana—. Pero la respuesta no le aclaró nada, y más bien la sumió en un misterio aún más impenetrable. "No hago sino ver, oír, pasa el rato y esperar que el sol salga por donde siempre sale". Su hermana sabía que salía sola y que regresaba sola, de manera que, en cierta forma, consideró que su pregunta era tonta y nunca más le volvió a preguntar nada sobre su vida y sus andanzas.

Pero una noche, la noche del 4 de febrero de 1951, Angela no regresó más. Había salido de su casa como de costumbre, sin nada que pudiera suscitarse en el ánimo de su hermana ninguna preocupación. Esa noche iba para el Casino Bar. Hizo el mismo trayecto de siempre, es decir, llegó hasta el puente de la Traube, se introdujo por el trillo que el paso de los vecinos había abierto por entre la maleza y siguió hasta las cercanías del Mercado Central. Pero esa noche del 4 de febrero no llegó más a su casa y el alba dio vida a las cosas y el sol salió por donde siempre sale sin que Angela regresara. Cuando su hermana, entre sollozos contentó a las muchas preguntas impertinentes del coronel Ramírez, apenas pudo decir que Angela no conocía a nadie ni llevaba en su bolso más que unos cuantos centavos.

4) El hallazgo de Jesús Chávez

Jesús Chávez, un viejo empleado de la Cervecería Traube, salió de su casa muy de mañana, antes de que rayara el sol, y como su casa estaba al otro extremo de la ciudad, en los barrios del sur, se bajó del autobús en la parada del Mercado y luego caminó hacia la cervecería, hasta tomar el pequeño atajo que lo dejaba justamente frente a la puerta del gran edificio. Era la mañana del lunes 5 de febrero de 1951. En un lugar donde el sendero bordeaba casi el río Torres, Jesús Chávez se detuvo sin poder dar ni un paso más. Un sudor frío comenzó a cubrirle el cuerpo y un pequeño temblor lo dejó por varios instantes sin saber qué hacer. Chávez tenía la mirada fija en el cuerpo inerte y semidesnudo de una mujer, con sus ropas a la altura del pecho y con una de las prendas íntimas ceñida brutalmente en torno a su cuello. Tan pronto como se recobró echó a correr hacia la cervecería que no quedaba sino a unos pasos para dar la noticia. Horas más tarde llegaba el alcalde instructor y el lugar se llenaba de vecinos. La autoridad judicial, con la ayuda del forense, pudo constatar que la mujer estaba con los órganos sexuales expuestos, con varias lesiones producidas con arma cortante especialmente en la vulva y en el rostro y extrangulada con una de sus prendas de vestir. Luego se pudo identificar el cadáver. Era Angela Gutiérrez, la noctámbula solitaria que padecía de insomnio y que nunca había dejado de regresar a su casa con el alba.

5) El trágico fin del infierno alcohólico de Otón Montoya

Nueve meses después del crimen de Angela Gutiérrez, salía de la Peni Otón Montoya. Acababa de cumplir una sentencia de diez días por ebriedad y aún no podía atar los cabos que unían su pasado al momento mismo de su salida. La imagen deformada de Cristina Zamora le daba vueltas en su cabeza, pero en episodios y lugares inverosímiles, sin saber la relación posible de unos con otros y sin recordar

circunstancias precisas que pudieran darle realidad a esos pensamientos. Desde hacía tiempo andaba con Cristina, unidos por el alcohol y por el drama alucinante de conseguirlo todos los días. Por medio del recuerdo de Cristina, Otón trataba de saber lo que pasó y lo que le condujo una vez más a la prisión. Pero Cristina se le escapaba de su mente, en imágenes caprichosas y evasivas. La veía en los sueños con formas monstruosas, y con rostros que se iban poco a poco desdibujando en máscaras sinies tras. Entonces se despertaba dando gritos y con el cuerpo cubierto de un sudor pegajoso y frío. Otras veces se le aparecía tal como era, compartiendo con él normalmente la trágica ruta de su vida. Ahora había perdido la zaga de Cristina. No recordaba si cuando fue detenido por última vez, andaba con ella y no sabía naturalmente si estaba como él, recluida en una celda.

Cuando traspuso el portón de rejas, después de la orden del oficial de guardia de que "sale con todo", se quedó parado en el atrio del edificio, sin saber a dónde ir víctima de una vieja goma de meses seguidos de ebriedad y con el secreto temor de lanzarse a un mundo que constantemente lo devolvía al lugar que estaba a punto de dejar. Se dio cuenta de que lo único que lo ataba a ese mundo era un trago. Sí, un trago grande, copioso, que le calentara las entrañas y que le diera el valor de enfrentar una realidad que en realidad nunca había podido descubrir. Sabía dónde encontrar a sus amigos y a Cristina y comenzó a caminar. Bajó las gradas del atrio y tomó la pendiente del Torres en que termina propiamente el límite de la Penitenciaría. Pero cuando se aproximaba al puente su cuerpo se balanceó y sus caderas oscilaron haciendo sus pasos inseguros. El subteniente Belisario Páez estaba recostado a un codo de los pretilos del puente y su presencia súbita había causado en él todos esos trastornos anímicos cuya causa verdadera no atinaba a descubrir: "Maldita goma", se dijo Otón Montoya, atribuyendo a su estado orgánico la impresión extraña que el subteniente le había producido. "No tengo nada con la investigación; lo que debía lo acabo de pagar" —pensó—, mientras se serenaba y sus pasos adquirían mayor firmeza. "Que esté o no esté ahí ese carajo, nada tiene que ver conmigo" reflexionó finalmente, ya en una disposición diferente. Pensó en no saludar al oficial y pasar a su lado indiferentemente, pero sus propósitos no pudieron cumplirse porque el oficial inició en el momento preciso en que Otón pasaba por su frente, un movimiento lento, pero significativo hacia él. Otón Montoya se detuvo, entonces, al oír no más las primeras palabras del detective, cuyo tono suave y ritmo pausado ya le eran familiares.

—Mirá Montoya, tenemos que arreglar un asunto; vamos un momento a la investigación. Si colaborás te va bien; si no, te vas hasta el cuello.

—¿Qué asunto puede ser? —repuso Otón Montoya haciendo un gran esfuerzo por sustituir con voluntad el alcohol que le estaba haciendo falta— porque clavos no tengo ninguno con ustedes, salvo el de tomar guaro y esto usted lo sabe bien.

—Guaro no; alcohol, alcohol puro, de botica, ¿no es así? —replicó el detective.

—El alcohol es más barato y rinde más, por eso compro alcohol en lugar de guaro. ¿Qué de malo tiene eso?

El detective no habló durante el camino a la Dirección de Detectives y Montoya, entre tanto, no hizo más que cavilar por cuánto tiempo lo iba a detener el subteniente y en lo difícil que comenzaba a hacerse el primer trago. Pero para sorpresa suya el subteniente, Belisario Páez lo metió en un calabozo de dos metros cuadrados tan pronto llegara, diciéndole: "Estáte aquí tranquilo Montoya, ahorita vengo a que hablemos".

Sin embargo las horas pasaban y el oficial no aparecía. Otón Montoya, dándose cuenta de que algo serio tramaba el oficial se puso a explorar en las tinieblas de su memoria algún hecho o episodio que explicara su situación. Recordó rostros conocidos y rostros anónimos, lugares, largas caminatas y horas de cantina, conversaciones confusas, angustias eternas en pos de un trago, y aventuras frecuentes y étlicas con Cristina Zamora. Pero todo lo que lograba regresar a su memoria eran episodios sueltos, sin conexión entre sí, separados por largas y desesperantes amnesias. Eran todas escenas de taberna, de agencias de policía, de celdas atestadas de borrachos y muy raras veces de lapsos de sobriedad en que retornaba a su oficio de barbero "Nada grave, ningún delito, a no ser aquello de Juan Alpizar". Iban los dos un día de tantos con una goma terrible. Se habían encontrado en el mercado central y sin decirse palabra alguna se dieron cuenta de que andaban tras lo mismo. Caminaron entonces sin meta definida a la espera de que algo imprevisto obrara el milagro. Pasaron de pronto frente a la barbería de Juan Herrera. Alpizar detuvo instantes después a Otón y le dijo: "Ya hicimos la carrera; esperame aquí, no te movás". En la barbería de Juan Herrera había sobre uno de los asientos destinados a los clientes un corte de casimir aparentemente de buena calidad. En las dos sillas de barbería Juan Herrera y su ayudante atendían a dos parroquianos y en el extremo del local un viejo leía una revista. Toda esa escena no había pasado inadvertida a los ojos de lince de Juan Alpizar no obstante la secuencia tan rápida de las imágenes: Mientras Otón esperó impaciente y nervioso en una esquina, Alpizar entró a la barbería y se sentó en el asiento contiguo al del corte de casimir, aparentando esperar su turno. Se percató de inmediato que las cosas se

El crimen de la Traube

Viene de la Pág. 15

le ponían más fáciles de lo que había supuesto. Los dos barberos y sus clientes estaban trabados en una discusión apasionada sobre los incidentes del último partido de fútbol y ninguno de ellos se dio cuenta de la presencia del intruso. Entonces esperó cautelosamente el momento más propicio y tomó en sus manos el corte saliendo de la barbería como una exhalación.

Sin embargo Otón recordó que eso era una vieja historia que había rematado en una condena de seis meses de prisión para Juan Alpizar y en tres meses para él. No era, pues, ese el asunto que traía entre manos el subteniente Belisario Páez. Pasaron muchas horas y Otón Montoya todavía en la celda ya no trataba de recordar sino que dormitaba sentado en el suelo con las piernas recogidas en sus brazos y la cabeza entre las rodillas. Mucho tiempo después se sobresaltó al oír el ruido estridente del cerrojo. Se abrió la puerta y apareció Belisario Páez. "Vamos a dar un paseito para que te saques la goma", le oyó decir Otón Montoya todavía aturcido. Eran las seis de la mañana. Llegaron luego a la cantina El Ballester, que ya estaba abierta y el subteniente le preguntó a Montoya que si quería tomarse un trago. "Hace rato que necesito uno" dijo Montoya más animoso que hasta entonces. Te lo daremos pero primero vamos al puente". "¿Al puente?" dijo Montoya con cara de tonto. "Si hombre, al puente del Torres, aquí no más, a dos cuadras de distancia". Otón Montoya no se atrevió a preguntar nada, mejor dicho, no atinó a hacer la menor pregunta. Todo aquello se le hacía no sólo más misterioso sino más absurdo. Obedeció mecánicamente y siguió al oficial y a su asistente hasta la entrada de la Cervecería Traube. Una vez ahí Páez señalando el trillo que se abría un poco al sur del puente, le dijo: "Entre-mos por aquí usted sabe bien el camino".

Montoya acató la orden sin protestar. Estaba más aturcido que antes y sus pasos, sus palabras y sus movimientos no eran gobernados por su voluntad sino por cierto poder externo que no podía dominar. "Parata ahí" le dijo el oficial a Montoya cuando hubieron caminado un buen espacio y donde el camino se acercaba más a la vera del río. "Ahora no te hagas el tonto y decinos cómo mataste a Angela Gutiérrez", agregó, ya en tono conminatorio, Belisario Páez. "Yo no sé nada, de eso; no puedo saber nada de eso; no sé quién es o quién fue esa mujer ni nunca he matado a nadie". Las palabras de Otón Montoya sonaron como rugidos sordos de un animal que va a ser sacrificado y sus gestos hubieran suscitado la curiosidad de cualquier investigador que no fuese el oficial Belisario Páez. Juan Alpizar le contó todo al coronel hace unos días, de manera que no te hagas el inocente porque te va peor".

Otón volvió a cubrirse la cara con sus manos y con los ojos cerrados juró no haber visto a Juan Alpizar desde hacía meses. "Qué puede decir Alpizar de ese crimen de que me habla si no es porque él lo cometió?" El oficial no insistió, le dio a Otón el trago que le había prometido y lo metió de nuevo al calabozo. "¿Por cuánto tiempo más me va a tener aquí?", le dijo Otón al detective cuando éste estaba a punto de pasar el cerrojo. "Todavía no lo se Otón, esc depende de usted".

A las cuatro de la mañana del día siguiente la puerta de la celda tornó a abrirse y el ruido del cerrojo hizo de nuevo saltar a Montoya. La presencia otra vez de Belisario Páez con dos oficiales abatió más el ánimo de Montoya. "Tenemos que ir otra vez al puente porque hay detalles importantes y si confesás hablaremos con el juez para que te ponga una pena corta". Se repitió paso a paso, con deliberada lentitud, el viaje hasta la cervecería, sólo que ahora a las sombras de la noche. De pronto Otón cayó en la cuenta de que el oficial no le había dicho la fecha del crimen, ni la hora, y que este dato tenía para él una importancia capital ya que le daba ocasión de aducir su coartada. Cuando el oficial le dijo que el hecho había ocurrido la noche del 4 de febrero de 1951, entre once y doce, su cabeza comenzó de inmediato a bucear entre la tupida selva del tiempo y a abrir claros en las largas y frecuentes lagunas que tres años de borrachera habían dejado regadas a lo largo de sus recuerdos.

De nuevo Montoya negó en el mismo sitio en que Jesús Chávez encontrara siete meses antes el cuerpo semidesnudo y ultrajado de Angela Gutiérrez. Pero esta vez el oficial le hizo ver con mucha claridad que las pruebas eran suficientes para meterle cuarenta años y que si habían insistido en que confesara era por su propio beneficio. Por tres días más Otón Montoya fue llevado al escenario del crimen a altas horas de la madrugada. El quinto día, cuando Otón regresó a su celda, estaba derrumbado. Mareado, bajo los efectos de un malestar general, su voluntad y su espíritu comenzaron a flaquear. Había estado internado años atrás en el psiquiátrico Chapul por sícosis maníaco-depresiva y comenzaba de nuevo a experimentar bajo la influencia de su desesperada situación los primeros síntomas de sus accesos de melancolía. Sin saber nada de la naturaleza ni del mecanismo de esta enfermedad, el subteniente Belisario Páez iría, al cabo, a sacar buen provecho de la táctica y el procedimiento que había empleado.

Cuando regresó a la celda sudaba copiosamente y un temblor le sacudía todos sus miembros. Hizo un esfuerzo por reconstruir todos sus pasos hasta la fecha del crimen, pero no logró separar las pesadillas de sus sueños alcohólicos de las realidades de su vida. No logró sacar nada en claro de lo que hizo en febrero, ni con quien anduvo, fuera de algunos recuerdos fugaces e incoherentes que en nada podían ayudarle. Pensó en Alpizar y se dio cuenta de que se estaba vendiendo, pero no podía decir con certeza si por el mes de febrero no anduviera con él. Se acurrucó en una esquina de la celda y un sentimiento sombrío que le fue trepando por todo su cuerpo, por

sus miembros, por la piel y se le fue metiendo en las entrañas de sí a la postre no sería él de veras el homicida de Angela Gutiérrez lo acogotó y vomitó de la angustia.

En ese estado de ánimo acertó a encontrarlo el subteniente a la siguiente mañana. Eran las seis de la mañana. Otón se incorporó trabajosamente, levantando primero su cuerpo sobre sus cuatro extremidades y empujándose luego lentamente hasta lograr sostenerse sobre sus acalambreadas piernas que le temblaban como si estuviese sobre la cuerda floja. Se pasó la mano por la cara como para aclarar sus ideas, y luego miró al subteniente por varios instantes.

—Dígame una cosa, Belisario, qué pruebas tiene contra mí? —pregunto, al fin, en un tono cansado, casi de resignación.

—Hay dos testigos que te oyeron hablar y una mujer con la que quisiste hacer lo mismo.

—¿Una mujer?

—Sí, Cristina Zamora. La quisiste estrangular en el Pasaje Martí.

—Ya metieron a Cristina en esto! Esa mujer por una cuarta de guaro dice lo que usted quiera, Belisario, repuso Otón Montoya saliendo de la celda.

—Si pero esta vez dijo más: que vos la trataste de matar, como mataste a Angela Gutiérrez. No tenés salida porque tengo otras pruebas que no voy a decírtelas. Además no tenés ninguna coartada. Lo que te sirve es decir algo y en esto yo te ayudo.

—Qué quiere que diga; dígame qué quiere que diga. Yo no cometí ese crimen pero si sigo aquí me voy a volver loco. Dígame que es lo que tengo que decir y salimos de esto, Belisario; mire cómo estoy. Yo no sé quién será el desgraciado que le ha dicho a usted falsedades, pero de todas maneras estoy en sus manos; no tengo dinero para un abogado ni nadie de quien pueda valerme. Usted dice, Belisario, usted dice qué es lo que tengo que decir para que me condenen y me manden a San Lucas. Tal vez sea mejor que yo me vaya a la isla por algún tiempo; tal vez sea ese el mejor lugar para mí. Dígame qué quiere que le diga, qué quiere que declare ante el juez y me deja ya tranquilo. Usted sabrá, Belisario, usted sabrá en sus adentros si después de que me condenen sigue investigando esto para que pueda encontrar al verdadero culpable y me devuelva la libertad.

—Por ahora no tenés que decir nada, sino firmar— le dijo el subteniente mientras caminaban por el corredor hacia la oficina— todo lo que tenés que hacer es firmar una declaración que tengo ya lista. Después te la doy a leer, te la aprendés de memoria y la repetís en el juzgado. Si te echás atrás y decís otra cosa diferente te hundo para siempre con unos treinta años de prisión.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Otón Montoya estaba sentado frente a una máquina de escribir, con las manos esposadas, más nervioso que nunca. Pensó, entonces, en echarse atrás. Había oído decir que la declaración legal, la que valía, era la que se hacía ante el juez. Pensó en que si él declaraba lo que Belisario le había hecho firmar nada podría salvarlo. Antes de salir de la detención el subteniente le había advertido que la declaración que había firmado estaba ya en manos del juez, —pero podía alegar que había sido intimidado y... además... "pero hombre —se dijo de pronto— si el crimen fue el 4 de febrero en horas de la noche yo puedo probar que estaba trabajando en la barbería de Pepe Rojas esa misma noche y a esas mismas horas; por ese tiempo conseguí trabajo de nuevo; sí, por febrero; recuerdo ahora claramente que yo me enteré del crimen en la barbería y ya tenía días de estar ahí. Si el crimen fue el 4 de febrero, como Belisario me lo ha repetido, puedo probar con Pepe Rojas y con clientes del negocio que trabajé hasta muy tarde esa noche.

Otón Montoya sintió de pronto que toda su situación había cambiado. Se acomodó mejor en la silla, contempló el ir y venir de los empleados del despacho y esperó a que el juez le interrogara para decirle de una vez, antes de que le hicieran la primera pregunta, que él no podía ser el autor del crimen porque cuando éste sucedió se encontraba en la barbería de Pepe Rojas trabajando. Estaba ansioso, impaciente y más tenso que nunca. Pepe Rojas —pensó— no le podía fallar, tenía que decir la verdad y en cuanto a los otros testigos ya recordaría sus nombres. Pediría al juez protección, le contaría todo lo que le habían hecho, el tiempo que llevaba detenido, las numerosas veces que fue llevado a altas horas de la noche al lugar del crimen, los interrogatorios constantes, las amenazas, las pruebas falsas y todo lo que el subteniente había armado en contra suya. Estaba en estas meditaciones cuando un hombre joven, en mangas de camisa, se sentó a la máquina de escribir. Introdujo un folio en el rodillo, ajustó el papel y comenzó a teclear con asombrosa rapidez. Otón esperó, entretenido en el movimiento de las manos del escribiente, que no parecía que iba a parar nunca. El escribiente se detuvo después de haber llenando una docena de líneas alzó la vista por sobre la máquina de escribir y comenzó a preguntarle: ¿nombre completo? ¿estado civil? ... ¿Oficio? ... ¿apodo conocido? ... ¿lugar de nacimiento? ... ¿edad? ... ¿nombre de sus padres?

Otón Montoya fue contestando una a una todas aquellas preguntas, preguntándose a su vez si no sería para sólo eso que lo habían traído, hasta que el escribiente, después de consignar la última respuesta, se incorporó, salió de la oficina y regresó inmediatamente acompañado del juez. Un hombre maduro, correctamente vestido, alto, de movimientos lentos y rostro impávido. El escribiente ocupó de nuevo su puesto y el juez se sentó al lado del reo, con un expediente en sus manos. Ojeó ligeramente algunos folios y luego miró a Otón Montoya y con voz grave y pausada, le preguntó:

—¿Sabe Ud. por qué se le recibe esta declaración?

Otón Montoya no esperaba esta pregunta. Un desconcierto absoluto invadió su mente hasta el punto de perder la noción de espacio y tiempo. Sólo atinó, mecánicamente, a decir: "¿cómo dice usted?" Oyó de nuevo la misma pregunta y siguió sin entenderla. "A qué viene esta pregunta —se dijo— ¿cómo voy yo a saber por qué se me recibe esta declaración?" Sólo después de unos instantes de embarazo, Otón se limitó a decir:

—No, no señor.

Entonces el juez extrajo del expediente un papel escrito que aún no había sido cosido al resto de los folios, y sin mirar al reo comenzó a decir:

—En una declaración rendida por usted, libremente y sin presión alguna, según se hace constar en este documento, dijo lo siguiente respecto al hecho que aquí se investiga: "Me encontraba embrutecido por el licor cuando acompañé a su casa esa noche del 4 de febrero de 1951 a Angela Gutiérrez. En un momento dado, cuando pasábamos cerca del río Torres la violé y para que no dijera nada la estrangulé con una de sus prendas íntimas. Luego busqué en el bolso que llevaba y encontré treinta colones. Con ese dinero me fui a tomar más y no recuerdo luego lo que pasó. Yo no puedo recordar más detalles del hecho porque como lo dije estaba muy ebrio".

¿Ratifica usted esta declaración en que reconoce ser el autor de la muerte de Angela Gutiérrez?

—Señor juez. Yo... yo puedo probar que el 4 de febrero que fue el día del crimen me encontraba trabajando en la barbería de Pepe Rojas hasta muy entrada la noche. Yo pido aquí que se llame a Pepe Rojas para que declare y diga como es cierto lo que acabo de decirle y que se cite a otros testigos que ahí estaban, como uno que le dicen Pingüino. Lo que pasa, señor juez, es que...

—¿De manera que no ratifica usted lo que acaba de leerle— cortó el juez poniendo en sus palabras un tono que hasta entonces no había usado.

—Es como le digo, señor juez, que yo estaba el 4 de febrero trabajando en la barbería de Pepe Rojas como hasta las once de la noche y que puedo probarle esto.

—¿Y cómo sabe o recuerda usted que el día del crimen fue el cuatro de febrero? Tiene usted muy buena memoria.

—Otón Montoya sintió de pronto que la seguridad que en sí mismo había logrado con el recuerdo de haber estado trabajando por esos primeros días de febrero, comenzaba a debilitarse. Sabía que el crimen había ocurrido el cuatro de febrero porque el subteniente se lo había dicho muchas veces, con una insistencia que hasta ahora, en ese momento, no se le hacía sospechosa, pero en realidad él había ignorado siempre la fecha del suceso, porque no se había enterado del hecho sino por los periódicos que llegaban a la barbería y por las charlas de los clientes.

—Bueno... recuerdo la fecha porque, como le he dicho, por esos días fue que comencé a trabajar de nuevo en la barbería de Pepe Rojas.

—¿Usted es barbero, no es así? —preguntó de nuevo el juez, pero en un tono diferente, más apacible y amistoso.

—Sí señor; desde hace muchos años. Ha sido el oficio de toda mi vida—. Repuso Otón Montoya con un aire de orgullo fuera de lugar.

—Entonces, como barbero que es, podrá decirme qué días de la semana trabajan las barberías.

—Como no, señor juez; trabajan todos los días de la semana, de lunes a sábado, hasta muy tarde de la noche. Esto último según la clientela que el negocio tenga, señor juez. La barbería de Pepe Rojas, donde yo trabajé para esos días, no cerraba sino como por ahí de las once y a veces las once y media de la noche porque tenía muchos clientes.

Otón Montoya sentía que su ánimo recobraba de nuevo la seguridad y confianza que había ido perdiendo y que el juez comenzaba a dar crédito a su coartada. Como era usual en él, al hablar cerraba los ojos totalmente y se ayudaba con ademanes aparatosos y teatrales. Esta circunstancia no había hecho, ciertamente, muy buena impresión al juez.

—Quiere decir, señor Montoya que los domingos todas las barberías cierran sin excepción alguna, ¿no es así?

—Sí señor, así es. Repuso de inmediato el reo.

—Ahora dígame una cosa; usted me acaba de decir que recuerda bien que el día del crimen fue un cuatro de febrero por la noche, ¿no es así?

—Sí señor.

—Como usted parece tener muy buena memoria recordará también como es obvio ¿qué día de la semana fue ese cuatro de febrero, no es así?

—Bueno... no... no recuerdo qué día de la semana cayó ese cuatro de febrero—. no lo recuerdo. Contestó un poco confuso, pero sin entrever todavía a qué podían conducir todas estas preguntas aparentemente tan innecesarias.

—Resulta extraño, señor Montoya, muy extraño, que usted recuerde tan claramente la fecha y no recuerde el día, cuando suele acontecer lo contrario, que recordemos el día pero olvidemos la fecha ¿no cree usted?

—No recuerdo el día señor juez; Belisario... digo, el subteniente Belisario Páez y yo hablamos de la fecha, cuatro de febrero, pero...

—Hágame el favor —interrumpió el juez, dirigiéndose al escribiente— y me trae el almanaque de mi oficina.

El interrogatorio quedó interrumpido. El juez, sin prestar más atención al reo se puso a hojear otra vez el expediente, mientras Otón, de nuevo nervioso e inquieto, no vislumbraba el sentido de las últimas preguntas. Instantes después regresó el auxiliar y puso en manos del funcionario el almanaque. Con toda calma, sin apuros, el juez fue situando en su posición normal y sobre el mes de diciembre que corría, las páginas de los meses vencidos que estaban dobladas sobre el dorso del almanaque, hasta llegar a febrero. Luego, levantando el ca-

Pasa a la Pág. 17

El crimen de la Traube

Viene de la Pág. 16

alendarlo para lo que lo viera el reo, puso su dedo índice en el día cuatro y dijo:

—Como usted puede constatar, señor Montoya, el cuatro de febrero de este año, día en que fué muerta Angela Gutiérrez en forma sádica y alevosa, cayó domingo, domingo. Ese día Ud. no trabó a señor Montoya, como nos lo acaba de decir a manera de coartada. Yo le advierto de nuevo que una confesión sincera le favorecerá a la hora de dictarse la sentencia, por lo que lo insto a que nos diga la verdad.

Otón Montoya se derrumbó. Permaneció en silencio, con la mente en blanco durante largo rato. El juez tenía clavados sus ojos en él. El escribiente permanecía aún con sus dedos sobre el teclado de la máquina. Por fin, sintiendo otra vez la depresión que había tenido en la celda y dándose cuenta de que luego de ahí quedaría en manos del subteniente Belisario Páez, levantó los brazos y con los ojos cerrados contestó:

—Voy a confesar, señor juez, estoy de acuerdo y repito aquí ante usted lo que me leyó, según lo cual yo soy el autor de la muerte de la mujer esa. Yo quiero que se me condene de una vez y que me manden para San Lucas pronto. Eso es lo que

quiero, señor juez, eso es lo que le pido.

El juez se volvió hacia su auxiliar y con expresión de alivio, le dictó la versión que contenía el documento, intercalando en el curso de la transcripción algunas preguntas para aclarar lo que resultaba confuso. Otón Montoya asentía casi sin que el juez terminara la frase.

Agregue seguidamente —dijo el juez al auxiliar tan pronto como el texto de la declaración fue íntegramente trasladado al acta: Leído lo anterior el compareciente la ratifica y firma. Solicita en este momento el reo que se dispense de todo trámite y se le condene lo más pronto posible”.

6) LA SENTENCIA

Pocos días después el juez de la causa dictó el fallo fijándole a Otón Montoya 26 años y 8 meses de prisión, que la Sala en consulta de la sentencia aumentó a 36 años. En el considerando de fondo en que los tribunales sustentan la decisión de la causa y exponen las razones por las cuales tienen por probados o por no oprobados los hechos, el juez dijo lo siguiente:

“Durante el plenario no se evacuó prueba alguna de descargo y con la recibida durante el pe-

riodo de instrucción el Juzgado llegó al convencimiento pleno de que el inculcado Otón Montoya Alvarado es el autor responsable del delito de homicidio perpetrado en daño de Angela Gutiérrez Fuentes. En el caso de autos existen como elementos probatorios contra el reo únicamente su confesión y el dictamen médico, pues la demás prueba testimonial es prácticamente inoperante”.

La Sala de instancia suscribió este considerando y aumentó la pena. Otón Montoya cumplió día a día la condena y día a día sostuvo su inocencia. Condenado sin pruebas, como el mismo juez lo declara, pues la confesión por sí sola carece legalmente de fuerza probatoria, pasó casi el resto de su vida en los penales poniendo así término en forma trágica a sus largos años de alcohólico.

Pero cuando aún no se había dictado la sentencia y Otón Montoya guardaba prisión provisional en la Penitenciaría, el subteniente Belisario Páez y el alcalde de instrucción, recogían en un cafetal de Colima de Tibás, cerca de los cadáveres de Gloria Porras Alvarado y Carlos Luis Arias Acuña, la pareja inmolada por un sádico el 23 de diciembre, un domingo, de 1951, un mensaje que había dejado el criminal cuyo primera frase, no revelada nunca en el proceso, decía lo siguiente:

“Yo soy el mismo de la Traube, saquen ese hombre que no debe nada”.